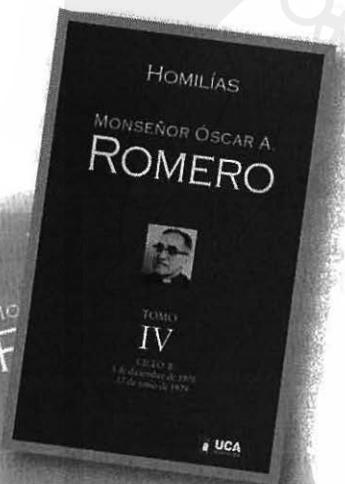


Rincón del libro

Luis Alvarenga

Romero, Óscar Arnulfo. Homilías. Tomo IV. Ciclo B: 3 de diciembre de 1978-17 de junio de 1979. Miguel Cavada Diez (Editor). UCA Editores, 2007. 571 pp.



Este tomo cuarto de las homilías de Monseñor Romero, recoge el período en el que los gérmenes de la violencia política en El Salvador estaban reventando por doquier. Consciente de que todavía era posible frenar esa violencia, Monseñor Romero insistió en buscarle una solución a la crisis que se avecinaba.

En este volumen, como en el conjunto de la serie, se ofrece al Monseñor Romero en el lenguaje dominical de las homilías, es decir, al Monseñor Romero que recuerdan miles de personas que iban a escucharlo a la Catedral Metropolitana o a través de la radio. Si puede creerse

en milagros en este país, habría que decir que esta serie de libros recopilatorios de las homilias de Romero es un auténtico milagro. Es milagroso el que se hayan recopilado cintas con todas las homilias del Arzobispo de San Salvador, en un país en el que campea la desmemoria histórica, en un país en el que, por ejemplo, algún funcionario de una televisora mandó a borrar el archivo histórico de la misma... ¡sólo por tener más videocassetes disponibles!

En estas homilias, ya afloraba de alguna forma el desencuentro entre el Arzobispo y Juan Pablo II, más preocupado éste último en —la situación del Este europeo. “El Papa habló sobre los que son perseguidos por ser fieles a la verdad y la justicia”, dice Romero en referencia a la alocución papal del 26 de noviembre de 1978. “Dijo que su sufrimiento era igual al de Cristo y mencionó circunstancias muy parecidas a las de nuestras comunidades, aunque él se refería a los países tras la cortina de hierro. Para que vean que no es el anticomunismo lo que mueve a muchos, cuando ese anticomunismo se hace, a veces, hasta más cruel que el mismo comunismo” (pp. 38-39).

Uno de los hechos más tristes que recoge este cuarto volumen de homilias es el asesinato del sacerdote Octavio Ortiz y un grupo de jóvenes en la casa de retiros El Despertar, el 20 de enero de 1979. “Esta esperanza y esta participación en la muerte y en la resurrección de Cristo se hacen hoy vivencia do-

lorosa en torno de esos cadáveres que nos predicán, precisamente, el lenguaje de las tres lecturas que hoy acabamos de escuchar. Pero antes de reflexionar en esas lecturas, quiero pensar en ustedes, que forman esa muchedumbre. Son comunidades que han venido desde diversos horizontes de la diócesis y de la patria; y sentimos también cómo la liturgia de la tierra, esta misa de la catedral (...), sentimos, digo, que esta comunión que nos une con la liturgia del cielo nos está haciendo preguntar, casi sensible, en la presencia de esos cadáveres que no están muertos, sino que son peregrinos que ya van llegando a la vida verdadera”, expresó en la misa que tuvo lugar un día después del asesinato (p. 184).

Las homilias de Monseñor Romero recopiladas en este cuarto volumen rastrean otros factores importantes de la realidad nacional, como el recrudecimiento acelerado de todas las expresiones de violencia política, rayanas muchas de ellas en el terrorismo. Los responsables de estos actos no fueron capaces de escuchar los cuestionamientos del arzobispo; antes bien, respondieron a ellos con amenazas.

Otro suceso importante al que se refieren las homilias fue el movimiento popular que terminó con el somocismo en Nicaragua. El volumen llega justo al 17 de junio de 1979, poco más de un mes antes del triunfo del FSLN. “Quiero referirme”, dijo Monseñor tras la misa de esa fecha, “que desde el Corpus

tenemos que mirar la triste situación de Nicaragua. Nicaragua, más de mil personas se calcula que han muerto ya. Se rechaza toda solución pacífica. (...) Yo creo que nosotros, pues, que hemos sido muy respetuosos del juicio de la jerarquía en cada pueblo donde le toca juzgar las osas, nos solidarizamos con el apoyo que los obispos dan a la autonomía y libertad del pueblo; pero así también, reclamando no sólo contra

Haciendo una minuciosa labor de edición y de cotejamiento de transcripciones previas con los registros sonoros existentes, el equipo editor ha subsanado los vacíos existentes, pero conservando la frescura y la espontaneidad del estilo de Monseñor Romero, quien "no llevaba por escrito sus homilías; solamente se auxiliaba de un

guión manuscrito con los tres pensamientos principales de la predicación y algunos documentos que leía en el momento oportuno, por ejemplo, la fotocopia de algún texto del Vaticano o de Puebla, informes de derechos humanos de la Oficina del Socorro Jurídico de Arzobispado, cartas que le enviaba la gente, etcétera. Con ello, queremos subrayar que sus homilías son originalmente palabra oral y no palabra escrita. Esto, sin lugar a dudas, la reviste de una fuerza, originalidad y belleza incomparables", afirma Miguel Cavada, editor del libro (p. 17). El volumen tiene una serie de anotaciones que permiten aclarar muchas referencias que hace Monseñor Romero en sus homilías, lo cual permite hacer una lectura con mayor contextualización histórica.

